

**Budô:  
Cultura-Mundo**



**Kenshinkan dôjô 2016**

En su libro, titulado "*Cultura-Mundo: respuesta a una sociedad desorientada*", Gilles Lipovetsky y Jean Serroy analizan desde una perspectiva integral la actualidad de la llamada Cultura Global, poniendo el dedo en la llaga y ofreciéndonos un relato clarividente de la situación en la que llegan a nosotros otras formas de cultura procedentes de todos distintos rincones del mundo.

La vieja oposición entre cultura de élite –original- y cultura de masas –popular- queda en entredicho porque, a día de hoy, las mezcolanzas son tan variadas que, también en el ámbito de la cultura, es del todo imposible discernir qué es auténtico y qué no lo es.

En ese periplo viajero que la cultura ha emprendido y que no tiene vuelta atrás, el hecho cultural no es ya sino una sombra de lo que un día fue.

Son muchos los países que debido a la globalización y apoyados en la revolución tecnológica exportan su manera de ver y entender el mundo, es decir, su propia Cultura. No sólo Estados Unidos y Europa lo hacen, también algunas potencias orientales, como China, India o Japón, ponen a disposición de unos y otros sus señas de identidad; y, esto, no siempre con el propósito de ser compartidas sin ánimo de lucro, sino a la espera de contraprestaciones llegadas en forma de réditos que devienen en multitud de formatos y contextos: atracción turística, apertura de mercados, influencia política, etc.

El intercambio de culturas es un fenómeno que puede observarse en todos los aspectos del quehacer humano: Arte, Política, Pensamiento, Ocio, Alimentación, etc. Ahora, las bienales de arte son puntos de atracción económica, el neoliberalismo impera en gran parte de la geografía mundial, las ideas promovidas desde el epicentro americano, europeo o asiático, recorren el planeta, el divertimento, como forma de expansión y alejamiento de lo cotidiano, volatiliza la filosofía tradicional -aquella que proponía el encuentro con uno mismo a través del estudio, la meditación, la conversación inteligente o el debate-, las barreras para adquirir bienes de consumo han dejado de existir, porque todo aquello que se produce a lo largo y ancho del mundo está, también, a nuestra disposición, aunque su lugar de origen diste miles de kilómetros de nuestra residencia.

**En efecto.** Se ha democratizado todo, y todo ha llegado a ser consumible, incluyendo: ideologías, tendencias artísticas, sentido de la belleza, estética, conceptos culturales, ocio, etc.

En la antigüedad, la cultura se asoció a la Religión y en Grecia a la Filosofía; Roma concibió la cultura como la aplicación del Derecho y los renacentistas asociaron su idea al cultivo del Arte. Más tarde, los ilustrados concibieron la cultura como próxima a la Razón y a la Ciencia. El Romanticismo establecería que cultura es sinónimo de autonomía, liberalismo y sensibilidad. Esas interpretaciones de cultura, siempre reduccionistas, eran al menos singulares y estaban perfectamente

definidas en cada uno de esos momentos de la historia de la Humanidad. Entonces las premisas para acceder a la cultura eran muy exigentes con quienes se acercaban a ella con el objetivo de conocerse mejor y hacer más entendible el mundo que habitamos. La cultura era patrimonio de algunos espíritus valientes y determinados que no tendrían reparos en dedicar esfuerzo, concentración y voluntad a su conquista.

En el momento actual esa palabra tan significativa está del todo difuminada, siendo imposible dar una sola definición de cultura, tanto en Arte, como en Literatura, Filosofía o Estética. Sí. En estos tiempos, todo puede ser cultura y, siendo así, nada lo es, verdaderamente.

Hoy, esa popularización de la Cultura ha sesgado su propia y genuina idea, reduciendo notablemente el fondo de las materias, segmentando su concepto integral y encapsulando, sólo, una parte de ella en contenidos que, por sí mismos, no llegan a significar lo que pretenden. Sintetizando las exigencias más primigenias en formato reducido y de fácil acceso los bienes culturales han llegado a todos aquellos que lo han deseado acercarse a ellos. Pero si comparamos ambos contextos -actual y original- podremos hacernos una idea de las grandes diferencias que existen entre lo que éstos son y representan en la actualidad y lo que un día fueron y representaron en sus lugares de origen. Es una realidad que el nivel de exigencia se ha ido reduciendo, para así facilitar la extensión del hecho cultural. Esta reducción cultural ha convertido semejantes legados humanísticos en meras aproximaciones de sus patrones originales.

Al observar la epopeya histórica de las Artes Marciales advertimos que tanto en India, China, Japón u Okinawa, los precursores de estas disciplinas fueron personas ligadas a las élites culturales.

En India serían los nobles *kshatriyas* quienes conformarían el Kalarippayatu de Kerala, una de las Artes Marciales más antiguas aún vigentes; en China, célebres personajes históricos pertenecientes a las élites militares dieron impulso a las antiguas Artes Marciales, sustentando su filosofía en los principios de grandes pensadores, filósofos y hombres de Estado, como Lao Tsé, Choung Tzou o Confucio, sin olvidar que en reductos como el célebre monasterio de Shaolin se reforzaron esas disciplinas con la aplicación de sólidos principios morales; en Japón serían también las élites de los guerreros samurái quienes configurarían esas joyas de la historia de las Artes Marciales que fueron -y aún son- los Koryû medievales. Los planes de estudio de institutos como el Nisshinkan -una escuela de formación del clan Aizu del siglo XVIII- donde los alumnos aprendían: Arte, Poesía, Etiqueta, Literatura, clásicos chinos o Filosofía, junto a esgrima, arquería, lanza, Jûjutsu o equitación, son una muestra rotunda de ello. Hay constancia de la existencia de más de trescientas escuelas que mantenían un esquema de estudio similar al

Nisshinkan de Aizu, algunas fueron: Yokendo, Kojokan, Meirinkan, Yorokan, Zoshinkan, etc.

Por último, en Okinawa, en el Archipiélago de las Ryukyu, serían los altos funcionarios, o Pechin y las élites de la nobleza quienes pondrían las bases para lo que, posteriormente, llegaría a ser el Karate tradicional. Pioneros del Karate tales como: Chatan Yara, Takahara, Sakugawa, Matsumura o Arakaki, fueron ciudadanos con una formación académica, filosófica, moral y espiritual, más que notable en el contexto de la época que les tocó vivir.

Todos ellos imbricaron en sus Artes Marciales el contenido humanístico que sustentaba sus propias vidas, un contenido que ha ido decayendo desde entonces a nuestros días, diluyéndose hasta casi perderse en el olvido pues, al igual que ocurrió con otras aventuras culturales, también el Budô se democratizó, extendiéndose por todo el mundo y perdiendo gran parte del contenido que durante siglos sí sostuvo en su lugar de procedencia. La reducción hacia la defensa personal, el desarrollo, sólo, de las facultades motrices, o la prioridad de la estética técnica -cuando no de la primaria violencia- es un hecho constatable y debería ser tenido en consideración, volviendo a los contenidos originales y superando una situación que no hace sino minusvalorar una forma de cultura como lo es un Arte Marcial.

Es hora, pues, de volver a rescatar aquel Budô de altura que quedó varado en el equipaje de los pioneros cuando, al popularizar sus creaciones artísticas, olvidaron acompañarlas de ese legado de sabiduría que abrió sus vidas al autoconocimiento, ese legado que debe acompañar siempre a la verdadera Cultura del Budô.

**Kenshinkan dôjô 2016**